

CULTURA

En el presidio expresionista de Emmy Hennings

La autobiografía de los días en la cárcel de la olvidada reina dadá se publica en español

CARMEN MORÁN BREÑA, Madrid
Cada noche, el paso del tranvía ilumina las rayas marcadas en la pared de la celda con una aguja de hacer punto. Son los días de encierro cumplidos, quedan ya pocos para deshacerse del uniforme de arpillería gris, de la sopa y el frío carcelarios. La artista y escritora alemana Emmy Hennings (Flensburg, 1885-Lugano, 1948) pasó dos meses de su vida en prisión por haber robado cuatro perlas a un cliente cuando ejercía la prostitución. Porque fue prostituta, sí, y morfímana en su juventud para cerrar el agujero que le abría en el estómago el oficio de cabaretera. La joven Emmy provenía de una familia humilde y su formación fue escasa, pero en aquellos ambientes de música y humo se rodeó de algunos grandes nombres del momento que pulieron sus aristas y sacaron todos los destellos: fue una gran actriz, cantante, poeta en los años en que el mundo estaba poniéndolo todo patas arriba.

Con su marido, Hugo Ball, fundó el Cabaret Voltaire en Zúrich, al que prestó todo su magnetismo y donde ambos dieron origen al movimiento Dadá, del que ella fue figura indiscutible. Y olvidada. Su vida azarosa y descocada, de pionera, moderna y admirada artista le dejó tiempo también para escribir. Ayer se publicó por primera vez en español *Cárcel* (El Paseo), librito autobiográfico de su paso por la prisión en 1914, que ha traducido Fernando González Viñas y que recoge también algunos poemas y un buen número de fotos. El año que viene, esta editorial sevillana publicará su segunda novela *Das Brandmal* ("La marca"), escrita en 1921 y también autobiográfica.

Con el lenguaje descarnado y sin adornos del expresionismo alemán, este libro es un relato

amargo (con toques de humor) de la injusticia y la impotencia que se vivía en las cárceles de mujeres de entonces. Hennings dibuja un friso de presas que se cuidan y protegen entre ellas porque se saben inocentes. Una robó unas monedas, la otra no pagó la licencia para su miserable puesto ambulante y otra fue acusada por la familia de un amante adinerado.

Un referente

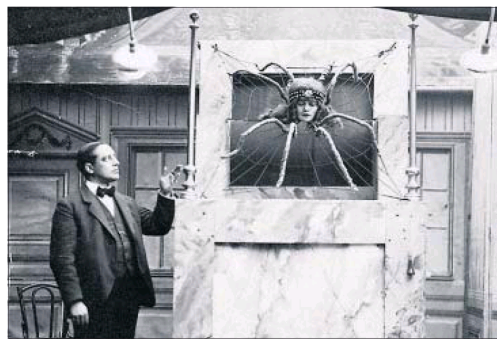
Emmy Hennings fue una niña con alma de artista, hija de un pescador y una mujer sin profesión remunerada, que llegó a la ciudad y la llenó de estilo. "Era un referente para los literatos de su generación, que le dedicaban poemas y la admiraban como a una Juana de Arco", asegura González Viñas. En aquellos primeros años del siglo pasado, la creación era efervescente, como si todo estuviera por inventar. La pintura, la escultura, el teatro, la poesía vapuleaban los usos y costumbres establecidos y Emmy Hennings participó con ganas de aquel club de "locos nihilistas y caóticos" que eran los dadaístas.

"Ella", prosigue González Viñas, "no se preocupaba mucho del estilo literario, su expresionismo era crudo y estridente como la realidad que vivía". Pero su prosa fluye y atrapa, acongoja a la vez que divierte: "¡Oh, mi pobre cuerpo! Nada firme queda ya en mí. No me levanto y no llevo ni dos días en este lugar. Mi fuerza ya ha sido quebrada. Si este es el objetivo de la cárcel, mi paso por aquí ha sido un éxito", dice uno de los párrafos.

El texto es, desde luego, una larga crítica al sistema policial, judicial y carcelario, que a los españoles lo mismo les recordará a una celda espiritual de Teresa de Jesús como a los presidios fran-



Emmy Hennings, en una fotografía fechada entre 1917 y 1919.



Flamingo presenta a la artista como Aracne, en el Maxim Ensemble, en 1915.

'Performers' en tiempos del blanco y negro

En el explosivo y dislocado movimiento dadá tuvieron una participación crucial muchas mujeres que han caído en el olvido y que cultivaron más de un arte a la vez. Eran escultoras y poetas, bailarinas y pintoras, cantantes y diseñadoras. Sophie Taeuber-Arp, Elsa von Freytag-Loringhoven, Clara Tice, algunas habían sido discípulas de Mary Wigman, bailari-

na alemana propulsora de la danza expresionista. Hennings fue también una gran "performer avant la lettre", sostiene Estrella de Diego: "Cambiaron la danza y siguen medio ocultas... Eran muy vanguardistas, y más sólidas que los hombres dadá. Sin ellas no se puede explicar este movimiento"

Las imágenes muestran coreografías, vestuarios y performances que si no estuvieran en blanco y negro podrían ser de ayer mismo. Fueron semilla para las artes de vanguardia que surgieron décadas después, años de creación sin freno.

quistas donde hacían a mujeres sin mácula. Hennings se queja en un largo discurso, de ritmo sincopado como el resto del texto, de la desfachatez de su denunciante, a quien le está permitido no asistir al juicio contra ella. "Mi acusador no acudió. Se disculpó, no tenía tiempo. Envié a un representante. ¿Pero cómo puede dejarse representar si se siente damnificado, violentado u ofendido? No logro entender tal dislate. ¿Y en qué tribunal puedo quejarme del dislate de otro tribunal?".

Con las críticas, la escritora saca la cara por las muchachas que, como ella, han ejercido la prostitución: "En el patio de la prisión preventiva vi la sonriente superioridad de los rostros de las mujeres y muchachas que hacen la calle; de las muchachas que vencen y son suficientemente gallardas como para declararse vencidas. Tamaña amabilidad parece ser peligrosa, pues se la encierra entre sólidos muros".

Si estos párrafos no fueran suficientes para despertar el gusano, además Emmy Hennings murió "pobre como las ratas" tratando de reeditar la obra de su marido, que "fue como un padre para ella". Y solo ahora, el tiempo, que se está encargando tozudo y perseverante de exhumar el trabajo de tantas mujeres, pone en sus manos esta joya de una artista total.

EXTRAVÍOS

Intempestivo Lorenzo Lotto

FRANCISCO CALVO SERRALLER
¿Quién conocía en nuestro país antes de su recién inaugurada exposición en el Museo del Prado la existencia del pintor veneciano Lorenzo Lotto? Seguramente muy pocos, al margen de los especialistas o muy aficionados a la historia del arte. Dentro de los países de nuestra misma área cultural, también hasta hace escasos años, ocurría otro tanto, porque este excelente maestro cayó, si no en el olvido, en algo así como en la "letra pequeña" o la nota a pie de página de los manuales generalistas. Lotto fue cobrando progresiva importancia en la esfera pública a lo largo del siglo XX y, en especial, durante su último cuarto, porque, co-

mo afirmó Vittorio Sgarbi, fue "un pintor totalmente del siglo XX"; como tantos otros entre los maestros antiguos, tuvo que esperar varios siglos, para hacerse comprender de una forma cabal.

Hay muy variadas razones en cada caso para explicar este desajuste crónico entre la producción de una obra y su aprecio público generalizado, pero la principal es, a mi juicio, que el arte posee un caudal significativo tan rico y profundo que tarda a veces siglos en ser desentrañado.

En este sentido, una obra se hace entender, y, por tanto, alcanza la plenitud de significado, no frente a sus contemporáneos, sino en el momento histórico en que es

redescubierta. Esta es la causa para que consideremos al arte como esencialmente intempestivo, que es lo que se orienta al margen o contra las locuras del día a día.

Lotto nació cuando empezaba a destacar la escuela veneciana y justo al inicio de la era de los genios, denominación esta última que apunta al surgimiento del culto a la personalidad individual de los artistas. Formado, directa o indirectamente, bajo el amparo de Giovanni Bellini, Antonello da Messina o Dürero, su arranque artístico fue muy brillante y reconocido, pero, de carácter en exceso sensible y vulnerable, le tocó competir con personalidades muy poderosas, como Tiziano, Tintoretto o Veronés, lo

que le obligó a buscarse la vida fuera del marco urbano de la todavía exultante Venecia, una senda errática que le sacó del principal foco de atención. Aun así, haciendo de la necesidad virtud, desarrolló un estilo muy original, que se plasmó en su fascinante obra, particularmente brillante en el género del retrato, donde hizo aportaciones cruciales, pero también las complejas composiciones religiosas, donde dramatizaba la acción desplegando y replegando sus figuras con la armonía con que se abre y se cierra una flor. Su brillante paleta cromática, atizada por la libre extravagancia manierista, ahora nos fascina más que nunca. En fin, que si aprovechan la ocasión para visitar su exposición en el Museo del Prado, comprobarán que, gracias a la intempestividad del arte, son precisamente todos ustedes los privilegiados destinatarios de ese genio veneciano, que, aún siendo radicalmente de su época, ha encontrado su auténtico hogar en la nuestra.

